

Resguardar el futuro

Desde tiempos inmemoriales, la agricultura ha sido una de las actividades más importantes de nuestra economía generando riqueza, fuentes de trabajo y, por supuesto, bienes y servicios destinados a ser consumidos por la población. En este proceso y aprovechando condiciones y ventajas tanto comparativas como competitivas, nuestro agro dio el salto hacia la exportación, desarrollando productos de excelencia que lo han hecho conocido en gran parte del mundo.

Esta es la historia. Sin embargo, las condiciones han cambiado.

La globalización y apertura del comercio internacional nos ha traído grandes beneficios al permitirnos acceder a mercados disímiles, pero también nos ha obligado a competir y mantener un estándar de calidad y eficiencia tanto productiva como de gestión, que justifique la preferencia de nuestros productos por sobre otros.

La coyuntura actual ha puesto nuevos inconvenientes en nuestra actividad exportadora. La depreciación del tipo de cambio con un precio del dólar debilitado en el mundo, ha afectado las rentabilidades de nuestros productos en forma dramática. De acuerdo a datos elaborados por la Cámara de Comercio de Santiago, el precio del tipo de cambio nominal correspondiente al tipo de cambio real de largo plazo para el sector silvoagropecuario, debiera estar en el orden de los \$650 y no en los \$460 actuales. Dramáticos son los casos de la uva, palta, jugos y pulpa de tomate, duraznos en conserva y vino, por nombrar algunos.

Pero éste no es el único escollo que enfrenta el sector. Junto a ello, se tienen los costos crecientes de insumos básicos como la energía y la mano de obra. En ambos casos, los incrementos han llegado al extremo de dificultar la viabilidad efectiva de muchos negocios, ya que a diferencia de lo ocurrido con otros productos, los precios finales de los bienes no han acompañado a estas alzas.

Frente a tal situación vale la pena preguntarse qué medidas se pueden tomar en el entendido de que parte de estos problemas debieran revertirse en el mediano o largo plazo, ya que no resulta lógico pensar que la moneda de la principal economía mundial se mantenga depreciada por siempre y tampoco es razonable pensar que el costo energético se va a mantener en esta escalada alcista considerando su impacto en la economía mundial.

No tendría sentido, buscar soluciones para aquellos productos que en una situación más normal de precios y costos, no se muestran competitivos, pero sí es un deber defender aquellas actividades que corren el riesgo de desaparecer por problemas que deberán resolverse en un contexto más global.

Dado que muchos de los problemas mencionados no tienen su génesis en la propia actividad productiva del agro y su competencia, conviene analizar las medidas que puedan paliar la situación actual, de manera que cuando las condiciones se vuelvan más normales, la actividad agrícola retome su senda de crecimiento.

El Banco Central ha sido enfático al establecer que el actual nivel del tipo de cambio está desequilibrado respecto de sus valores de largo plazo. El gobierno, a través de su Ministro de Hacienda, también ha reconocido su preocupación frente a esta situación, por lo que no está demás pedir que se tomen medidas paliativas orientadas a otorgar subsidios y facilidades a sectores que en el horizonte de largo plazo sí cuentan con competencias reales, son fuentes de trabajo y riqueza para el país y que, por tanto, deben ser resguardadas por el bien de nuestra sociedad y su viabilidad futura. 

